## Sergio Mattarella

**Discurso sobre el futuro de Europa** 19 de abril de 2023. Edición y traducción de El Grand Continent

El Presidente de la República Italiana reina por el silencio. Cuando habla, rara vez, hay que descifrar los signos y leer entre líneas.

A poco más de un año de unas elecciones europeas en las que las fuerzas neonacionalistas italianas y polacas tomarán por asalto la Unión, Mattarella habló en la Universidad de Cracovia. Lo traducimos y comentamos por primera vez en español.

El miércoles 19 de abril, el Presidente de la República Sergio Mattarella pronunció una conferencia en la Universidad Jagellónica de Cracovia - larga para un discurso del Quirinal- en el marco de una visita conmemorativa de varios días a Polonia.

Los principales elementos de la posición del Quirinal -atlantismo, europeísmo, solidaridad, apertura- estuvieron presentes, así como una lectura de la cuestión de la ampliación a la luz de la trágica historia de Polonia: «Hoy, una vez más, la perspectiva europea es valiosa para nuestros Estados vecinos, que encuentran en la pertenencia a la Unión un motivo de esperanza y la fuerza para reivindicar la justicia, los derechos, la paz, y para ampliar el círculo de países que dan testimonio de su adhesión a los valores de los derechos de las personas y de los pueblos.» «Se podría decir que en Europa la historia es siempre contemporánea» - este discurso no era ceremonial-. La elección del lugar -en una de las universidades más antiguas de Europa, en una ciudad gobernada desde hace cinco legislaturas por una coalición opuesta al PiS y dirigida por un abogado y antiguo profesor de la universidad-, su relativa longitud y su ponderada expresión son señales que deben interpretarse.

En la posición de Sergio Mattarella, este discurso es lo más parecido a un «discurso de la Sorbona». Lo pronuncia el hombre que podría seguir siendo Presidente de la República hasta 2029.

Señor Rector, Señoras y Señores

Saludo muy cordialmente a los estudiantes y a todas las personas presentes.

Saludo al cuerpo académico y a todo el personal, a quienes agradezco su compromiso diario con la difusión del conocimiento.

Al agradecer al Rector esta invitación, tomo la palabra con profundo respeto por vuestra historia en esta prestigiosa Universidad.

Muchos nombres ilustres han cruzado el umbral de esta Universidad, la más antigua de Polonia y una de las más antiguas del mundo.

Junto al Presidente Duda, quisiera recordar los nombres de algunas personalidades, evocadoras de los profundos lazos entre nuestros dos países, como Nicolás Copérnico, y el

Papa Juan Pablo II, Karol Wojtyla, que estudió filosofía en su juventud en esta misma universidad.

A menudo evocado por la derecha y la extrema derecha italianas en una paradójica función de anti-Papa Francisco, percibido como demasiado cercano a las instancias progresistas (acogida de migrantes, cuestiones ecológicas, lucha contra las desigualdades), Juan Pablo II es una referencia evidente para Mattarella (miembro de la Democracia Cristiana hasta su disolución) y para los italianos. Esta referencia está en el corazón de una memoria política particularmente compleja: Wojtyla forma parte tanto del *banner* en Twitter del <u>Primer Ministro polaco Mateusz Morawiecki</u> como es movilizado por Salvini durante el mitin transnacional de Milán y santificado por la Iglesia.

La evocación de Copérnico adquiere aquí un significado ambiguo. En la construcción del imaginario nacional italiano, «el genio italiano» está a menudo vinculado a figuras europeas, y Copérnico es visto como un anticipador de la obra realizada por Galileo. Cabe señalar que el discreto posicionamiento de Juan Pablo II como espejo de Copérnico marca discretamente la prudencia de Mattarella, por lo mismo heredero de la Democracia Cristiana de Aldo Moro, con respecto a cualquier tentación «cesaropapista».

También puedo mencionar a Wislawa Szymborska, muy apreciada en Italia, donde este año están previstas numerosas iniciativas para celebrar el centenario del nacimiento de la poetisa galardonada con el Premio Nobel.

Después del Papa Juan Pablo II, obviamente crucial en el imaginario político italiano, la evocación de la Premio Nobel Wislawa Szymborska puede parecer sorprendente desde Francia, donde la reputación de otros autores polacos (Milosz, Tokarczuk) es más evidente -publicada por Adelphi, dirigida por el Premio Grand Continent Roberto Calasso-, Wislawa Szymborska se ha convertido en una referencia cultural en Italia, desde el director Ferzan Ozpetek (con su *Cuore sacro*) hasta el popular cantante Jovanotti, que cantó sus versos en su éxito *Buon sangue*.

Esta universidad y la ciudad donde se encuentra son un lugar simbólico para Polonia, pero no sólo para Polonia; lo son para toda la cultura europea.

Es un lugar que transmite la imagen de una Europa que, en sus experiencias nacionales e institucionales, ha creado un cuerpo común de conocimientos y valores.

Este espíritu unitario que engloba a todo el continente comenzó a tomar forma en las universidades que, como la de Cracovia, se establecieron ya en la Edad Media, dando lugar a la red de vínculos conocida como la «República de las Letras».

La Academia de Cracovia, que ya existía entonces, fue el faro de la primera *Res publica* europea en esta parte de Europa.

Fue en la red de universidades que surgió en los primeros siglos posteriores al año 1000, lugares que acogieron y estimularon vivos debates intelectuales, jurídicos y de valores, donde maduró la imagen de instituciones capaces de encarnar el ideal europeo.

Más allá del topos de la *Res publica*, el hecho de que Mattarella inscribiera su discurso en el seno de una universidad marca explícitamente su ambición. Desde el discurso de la Sorbona, varios dirigentes europeos han querido compartir su visión de la integración europea en universidades europeas históricas: <u>Olaf Scholz en Praga</u>, <u>Mateusz Morawiecki en Heidelberg</u>.

Tenemos a nuestras espaldas siglos de tragedia en los que los pueblos de Europa se han enfrentado entre sí.

Su país ha sido testigo y víctima en la búsqueda de la independencia, en la conquista de la libertad; conserva y expresa esta historia.

Y es precisamente la lección de la historia la que, tras la Segunda Guerra Mundial y no sin contrastes, dio un impulso irresistible al proyecto de integración europea tal como lo conocemos hoy; hasta su culminación, tras el fin de la Unión Soviética, con la reunificación de Europa Occidental y Europa Central y Oriental.

Pero antes de llegar a este histórico punto de aterrizaje de la integración europea, las premisas de la Segunda Guerra Mundial tuvieron lugar aquí, en Europa Central y Oriental, en Checoslovaquia y Polonia, con la agresión de la Alemania nazi y la Unión Soviética estalinista, fruto de ideologías nacionalistas exasperadas y de una búsqueda desenfrenada de poder.

La masacre de Katyn, al principio de la Segunda Guerra Mundial, es un ejemplo elocuente.

Acabo de presentar mis respetos en la cercana placa que conmemora a los profesores de esta universidad que fueron deportados el 6 de noviembre de 1939.

Ayer visité, con un grupo de jóvenes de todo el mundo y las hermanas Bucci, dos mujeres italianas que sobrevivieron milagrosamente a los horrores de Birkenau cuando eran niñas.

Hoy se cumple el 80 aniversario del Levantamiento del Gueto de Varsovia.

El recuerdo de aquellas barbaridades permanece en nuestras mentes y corazones.

Agradezco a Polonia sus incansables esfuerzos por preservar y difundir la memoria de lo sucedido, para que nunca vuelva a ocurrir.

Italia también está comprometida con esta causa.

Debemos intensificar nuestra acción, sabiendo que en el futuro podremos contar cada vez menos con pruebas directas de lo ocurrido y que tendremos que transmitirlas y confiarlas a las nuevas generaciones.

Al pronunciar estas palabras en una universidad, templo que transmite, desarrolla y difunde el conocimiento, está confiando implícitamente a los jóvenes la responsabilidad de la memoria.

El tema central del viaje de Sergio Mattarella es la memoria de la tragedia del genocidio de la Segunda Guerra Mundial. El día anterior a este discurso, el presidente italiano visitó Auschwitz, donde pronunció un breve discurso sobre la responsabilidad del fascismo en la deportación de judíos. El discurso formaba parte de las celebraciones del 25 de abril, el «Día de la Liberación» en Italia, que marca el fin del régimen fascista y el

fin de la ocupación nazi. Desde las elecciones de septiembre de 2022 -en las que ganó un partido de la derecha postfascista-, este tema es especialmente delicado en Italia.

## Queridos estudiantes,

es la memoria la que alimenta la conciencia, que a su vez nos convierte en seres plenamente conscientes: vosotros estaréis sin duda a la altura de esta tarea.

Liliana Segre, superviviente del Holocausto, hoy miembro vitalicio del Senado de la República Italiana y ejemplo incansable de compromiso, nos recuerda con fuerza que «la memoria es la única vacuna contra la indiferencia».

Estas palabras cobran todo su sentido cuando pensamos en lo que está ocurriendo no muy lejos de aquí, en las fronteras de la actual Unión Europea.

Nadie puede permanecer indiferente ante la brutal agresión de la Federación Rusa contra Ucrania, un país soberano, libre, independiente y democrático, cuya población es objeto de ataques selectivos y criminales que matan ferozmente, atacando sin escrúpulos las infraestructuras civiles y dejando a la población congelada y a oscuras.

Hoy, Europa asiste a crímenes fruto de una renovada exasperación nacionalista que pretende violar las fronteras, conquistar espacios territoriales reivindicando la presencia de grupos de población pertenecientes a una misma cultura.

¿Cómo no pensar en el asunto de los Sudetes y en las personas de origen alemán que vivían allí, en la Conferencia de Munich que allanó el camino a la Segunda Guerra Mundial?

Frente a este intento insensato de anular las normas del orden internacional, la Unión Europea ha reaccionado con firmeza y seguirá apoyando a Ucrania.

Un apoyo que se expresa de muchas maneras y del que usted y su universidad son un precioso ejemplo.

Mattarella recuerda el compromiso de Italia con Kiev y se muestra abierto a las posiciones históricas de Polonia, que desde hace tiempo advierte del peligro que representa Rusia. Es una señal de que, tras la invasión de Ucrania, los países del antiguo bloque comunista han aumentado su peso específico en la Unión.

Desde el inicio del conflicto -quiero recordarlo- habéis acogido aquí a más de mil refugiados, proporcionándoles no sólo espacio, sino también vuestro tiempo, vuestros conocimientos, ofreciéndoles asistencia jurídica y psicológica, formación, para garantizarles la dignidad que otros han intentado arrebatarles.

Fue un esfuerzo y una solidaridad que se reprodujo en toda Polonia, donde encuentran refugio más de un millón y medio de refugiados ucranianos, y en muchos otros Estados de la Unión Europea.

Hoy, todos debemos esforzarnos por preservar el valor de esta unidad.

Es un activo esencial que debe preservarse.

El reto para los europeos es afrontar con éxito las graves consecuencias de la persistencia de los conflictos, la explosión de las migraciones, el aumento de las desigualdades económicas y sociales y la inseguridad energética y alimentaria.

El presidente italiano hace un importante inciso sobre la solidaridad europea, alabando a Polonia por su apertura a los refugiados ucranianos. El sentido de este elogio no está exento de consideraciones políticas: tras años de relativa calma en el Mediterráneo, Italia se enfrenta de nuevo a un aumento significativo de los desembarcos en sus costas. Hasta el 18 de abril de 2023, según datos del Ministerio del Interior italiano, han desembarcado 34.327 personas, frente a las 8.642 del mismo periodo de 2022, y el Gobierno italiano parece querer adoptar políticas muy estrictas hacia los migrantes. En concreto, el Ejecutivo de derechas quiere limitar la aplicación de la protección especial, un procedimiento que permite a los migrantes obtener protección de las autoridades italianas si no se acepta su solicitud de asilo en virtud de los convenios internacionales.

En 2018-2019, Sergio Mattarella había ratificado una medida similar deseada por Matteo Salvini, entonces ministro del Interior, pero había expresado serias dudas sobre la conveniencia de tal medida, en una dura carta al primer ministro Giuseppe Conte.

Con lucidez, hay que entender que proponerse salvaguardar la paz entre las naciones, hacer frente a los riesgos globales que sacuden al mundo entero -misión de la que, por desgracia, nos aleja actualmente la furia belicosa de Rusia-, significa ante todo rechazar la tentación de fragmentar la solidaridad entre países libres, cimentada por la experiencia de la Alianza Atlántica y de la Unión Europea.

La seguridad europea y la seguridad euroatlántica son conceptos indivisibles que hay que defender juntos con determinación, para garantizar y desarrollar el modelo democrático y social europeo.

## ¿Cómo podemos unirnos?

Jean Monnet, uno de los inspiradores del proceso de unificación europea, nos recordaba -y esto es bien sabido- que Europa se haría en las crisis y sería el resultado de las soluciones que aportara a esas crisis.

Cada día es, pues, una prueba.

Pero sería totalmente inadecuado pensar en Europa como el resultado de una carrera frenética para resolver problemas dictados por otros, en un marco internacional decidido por otros.

En otras palabras, la necesidad de convertir a Europa en protagonista no encuentra una respuesta adecuada en una Unión considerada como una suma temporal y cambiante de estados de ánimo e intereses nacionales, por definición perpetuamente inestable.

A este respecto, es útil otra indicación, esta vez de Robert Schuman, para quien la vía europea «se hará por realizaciones concretas, primero por la creación de una solidaridad de hecho».

Es esta vía la que es capaz de dar vida a una identidad de valores y a una comunidad de destino, implicando a los pueblos que la animan, con un proceso democrático completo en el que los ciudadanos europeos son los protagonistas.

Aquí encontramos la clásica posición europeísta de Italia, en particular de la Primera República (1946-1994), de la que Mattarella es una pura expresión. Para Roma, el objetivo de la integración europea es, como dice el Presidente de la República, ganar estabilidad y credibilidad internacional mediante una mayor cooperación con los Estados miembros. El énfasis en la solidaridad es coherente con este planteamiento, ya que Italia se ve a sí misma como un sujeto más débil que Francia y Alemania, y nunca ha querido asumir un verdadero papel de liderazgo en los procesos europeos, lo que presupone, por el contrario, en la visión de Monnet, aceptar las crisis como momentos para dar «pasos adelante».

Al fin y al cabo, Europa nació como un gran proyecto de paz, como una visión del desarrollo capaz de superar contrastes históricos, como los existentes entre Alemania y Francia.

Hace falta una visión igualmente sabia y sólida.

A principios de los años 1950, a muchos debió parecerles visionario querer poner en común los recursos energéticos en la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, y sin embargo es lo que ocurrió, dando un impulso a la integración europea tras el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa.

La Unión Europea es ante todo una comunidad de valores que encuentra sus principios cardinales en el rechazo de la guerra como instrumento de resolución de conflictos, en el respeto del Estado de Derecho, en la democracia y el diálogo, en la cohesión social y en las perspectivas de desarrollo de los jóvenes.

Por todo ello, Europa pertenece a sus ciudadanos.

Es un modelo de éxito perseguido como ideal en otros continentes.

Formar parte de este proyecto es compartir, con espíritu de solidaridad y responsabilidad, sus valores fundadores y comprometerse a diario en la defensa de los derechos consagrados en la Carta de valores de la Unión Europea.

Esto puede verse como una crítica velada a las <u>posiciones polacas del Presidente Morawiecki</u>, quien dijo en Heidelberg que en la actualidad la Unión pretende «golpear a los demás con el látigo de los 'valores europeos' sin ponerse de acuerdo sobre su definición ni entender qué cambios deben hacer cada uno de los países». Este comentario era una referencia directa al procedimiento de infracción del Estado de Derecho previsto en el artículo 7 del Tratado de la Unión Europea (TUE) contra Polonia y Hungría por sus reformas internas.

Mattarella siempre se ha mostrado muy sensible al respeto de los derechos, y está claro que su postura también tiene una implicación interna: el gobierno de Giorgia Meloni se inspira en gran medida, al

menos en lo que respecta a las políticas de derechos civiles, en lo que han puesto en marcha polacos y húngaros.

Queridos estudiantes,

Esta es una tarea que ciertamente no os es ajena.

La cultura polaca ha sido un ejemplo de modernidad y valentía.

Pienso en Maria Salomea Sklodowska, nacida en Varsovia hace más de siglo y medio y más conocida internacionalmente como Marie Curie, la primera mujer de la historia en recibir el Premio Nobel.

Sklodowska se trasladó a París para estudiar en la Sorbona. Una ciudadana europea capaz de aplicar la experiencia de los *clerici vagantes*, la experiencia de la generación Erasmus, *ante litteram*, a las mujeres.

La científica polaca deconstruyó estereotipos y prejuicios y logró resultados inimaginables hasta entonces, abriendo la puerta, aun a costa de sacrificios y ataques personales, a todas las jóvenes que siguieron su camino.

Marie Sklodowska Curie solía decir que «el camino hacia el progreso no es ni rápido ni fácil», pero depende de nosotros que la puerta permanezca abierta para todos aquellos que deseen tomarla.

En este momento histórico -a partir de la Conferencia sobre el Futuro de la Unión, cuyo resultado debe garantizarse-, la Unión Europea se pregunta cuál es la mejor manera de garantizar la defensa de nuestras democracias y, por tanto, el futuro de los jóvenes europeos.

Miremos a Europa como una gran comunidad de hombres y mujeres libres que, juntos, son capaces de forjar su propio destino.

Veamos cómo hacer realidad la perspectiva de una autonomía estratégica de la Unión Europea, capaz de garantizar la disuasión, teniendo en cuenta que ello significa reforzar aún más -y no debilitar- nuestras alianzas, punto fuerte de nuestro sistema de defensa.

Pienso en la relación entre la Unión Europea y la Alianza Atlántica, así como con los Estados Unidos que, en la crisis de seguridad a la que se enfrenta nuestro continente, han estado al lado de sus aliados.

Además, las sumas asignadas al refuerzo de la defensa por los distintos países de la Unión (que superan ampliamente las de sus competidores), si se pusieran en común, constituirían una palanca sin parangón que beneficiaría también a la Alianza Atlántica.

Sin embargo, es necesario superar, con valentía y clarividencia, las contradicciones que consisten en aspirar, por un lado, a un sólido marco europeo de defensa sin poder vencer, por otro, la timidez de quienes dudan en avanzar por el camino de la integración. Lo uno no puede lograrse sin lo otro.

Un marco de cooperación económica, por conveniente que sea, nunca será suficiente para garantizar la seguridad mutua, sino que se necesita la solidez de una auténtica comunidad de valores compartidos.

Es posible detectar en este pasaje un acuerdo sustancial con el planteamiento de Emmanuel Macron sobre la autonomía estratégica europea y la necesidad de hacer que la Unión Europea sea más fuerte en defensa y diplomacia. Por supuesto, el presidente italiano utiliza, como es habitual, tonos mucho más conciliadores hacia los polacos, pero la frase «superar con valentía y previsión la timidez de quienes dudan en avanzar por el camino de la integración» es inequívoca.

Por supuesto, frente a la postura francesa, Sergio Mattarella no olvida la importancia de la Alianza Atlántica para los europeos («debemos reforzar y no debilitar nuestras alianzas»). Es un pilar fundamental del posicionamiento internacional de Italia y una fuente de tensiones mucho menor que las que animan las relaciones entre París y Washington.

En este camino, la confianza en nosotros mismos y en los valores que nos animan debe llevarnos a proyectar gestos de paz y a negarnos a ser esclavos de la lógica de la guerra y del conflicto.

Lo que debe prevalecer es el derecho internacional, el respeto de la soberanía y la integridad territorial de los Estados y el diálogo sobre los contenciosos.

En Europa, en este momento, se libran dos guerras al mismo tiempo, a niveles diferentes pero estrechamente relacionados: la guerra en la que la integridad territorial de Ucrania está siendo atacada por la Federación Rusa, y una guerra de valores, en la que están en juego todos los elementos que caracterizan hoy la experiencia occidental, empezando por la libertad.

Ambos terrenos se cruzan a menudo. Es lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial.

Se podría decir que en Europa la historia es siempre contemporánea.

La memoria pasa necesariamente por una ciudad, Gdańsk (Danzig), que marcó la historia de Polonia dos veces en el siglo XX: el «plan blanco» de 1939 con la agresión de la ciudad por el régimen nazi y el inicio, en 1988, del proceso de liberación del régimen comunista.

«Morir por Danzig» era la pregunta que se hacía en Europa en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Las consecuencias de estas incertidumbres son bien conocidas.

¿Cómo construir la paz, cómo crear un sistema que respete los derechos de cada Estado y sea capaz de irradiar a su alrededor valores positivos de cooperación, como ha sido el caso durante décadas de la Unión y la OTAN, organismos que han proyectado seguridad, garantizando estabilidad y desarrollo?

Polonia es un excelente testigo de estos procesos, líder del que condujo a la liberación del yugo soviético de muchos países de Europa Central y Oriental.

Los valores sobre los que la comunidad puede construir su futuro deben ser compartidos.

Juan Pablo II acuñó el lema «de la Unión de Lublin a la Unión Europea», representación plástica de ese «retorno a Europa» que Polonia supo realizar en su camino hacia la plena adhesión a las instituciones de la Unión.

Este proceso se sustentaba en la convicción de que el «retorno a Europa» expresaba la plenitud de la identidad polaca tras el largo viaje a través del régimen comunista soviético,

el sufrimiento y la lucha del pueblo polaco por reencontrarse con el destino de los demás pueblos europeos. Los derechos del individuo, violados por el régimen comunista, han encontrado así su lugar.

En 2004, la adhesión de Polonia y de los demás países de Europa Central y Oriental a la Unión Europea marcó el primer paso de la unificación histórica de nuestro continente.

El círculo virtuoso de reformas, crecimiento y perspectivas de adhesión ha funcionado.

Hoy, una vez más, la perspectiva europea es valiosa para nuestros Estados vecinos, que encuentran en la pertenencia a la Unión un motivo de esperanza y la fuerza para exigir justicia, derechos y paz, y para ampliar el círculo de países que demuestran su compromiso con los valores de los derechos de las personas y los pueblos.

Conscientes del poder evocador y transformador de la perspectiva europea, se adoptó la decisión histórica de conceder el estatuto de candidatos a Kiev y Chişinău, cuyos pueblos necesitan saber que Europa no les dejará solos ante los retos a los que se enfrentan.

La rápida conclusión del proceso de adhesión de nuestros vecinos balcánicos, que llevan muchos años en el camino hacia la Unión, es un objetivo que la República Italiana apoya plenamente, para dar salida a sus aspiraciones y no conceder peligrosos espacios de aceptabilidad a fuerzas hostiles a los valores de la convivencia; espacios que corroerían los sistemas democráticos.

Es un paso que debe darse sin demora, un paso indispensable si no queremos crear una peligrosa inestabilidad para el continente.

Italia es probablemente el más interesado de los Estados fundadores en integrar a los Balcanes en la Unión Europea. El veto francés al estatuto de candidato de Albania y Macedonia del Norte en 2019 ha sido muy criticado por Roma, que ve en ello la necesidad de completar el proceso. En este contexto, Sergio Mattarella reiteró la tradicional posición italiana, que se extiende también a Ucrania y que en este caso coincide plenamente con la posición polaca.

La Unión Europea también ha desempeñado un valioso papel en el otro frente que caracteriza las fronteras del continente, el mediterráneo y el africano.

La atención, reclamada hace años ante la emergencia del terrorismo islamista, ha dado paso ahora a una descuidada y peligrosa distracción.

La frontera mediterránea es una cuestión que no sólo concierne a los países europeos que la bordean.

Y el objetivo de una asociación más fructífera y sólida entre la Unión Europea y la Unión Africana es una opción clarividente, capaz de anticiparse a las tensiones y contribuir a la causa de la paz.

Magnífico Rector, Autoridades, Profesores y Maestros, queridos alumnos,

Son muchas las colaboraciones que desarrolláis cada día con las universidades italianas.

Estos intercambios refuerzan el conocimiento y la comprensión mutuos, una visión común del futuro y la voluntad de alcanzarlo.

Estoy convencido de que vosotros, jóvenes de la Universidad Jagellónica y jóvenes de todo el mundo, sabéis encontrar recursos extraordinarios en los que basar la acción común.

Os deseo a todos que mantengáis intactos el valor y el espíritu indomable y generoso que habéis demostrado durante este difícil año, y que atraveséis con decisión todas las puertas que encontréis en vuestro camino hacia un futuro pacífico.

Os deseo todo lo mejor.